

Capítulo

1

La reina Isabel había salido de cuentas. Cuatro días ya e no paría, que más parecía que, primeriza como era, y moza, no quisiera entrar en trance ni levantarse las sayas ante los notarios y pasar la vergüenza consiguiente; o tal vez fuera la criatura que no deseaba abandonar el vientre de su madre; o, sencillamente, que todavía no estaba de Dios.

El caso es que iba para cuatro días y la alta dama no entraba en parto, e los notarios e oficiales del señor rey don Juan, el segundo, acompañados de dos parteras y dos vecinos de la villa de Madrigal —gente honrada y cabal—, llevaban cuatro jornadas de retén y estaban cansados de jugar al ajedrez y de dormir en dura silla —lo que venían haciendo—, y hartos de Gonzalo Chacón, el mayordomo de la reina, que se encabraba con ellos pretendiendo que no abandonaran el aposento ni para ir a la letrina y no les dejaba llegarse a las cocinas a echar un bocado ni a beber un vaso de vino, lo que era necio, pues la parturienta no se había personado todavía en la habitación. Y se comentaba de ella que, sujeta de los brazos por dos de sus camareras, andaba escaleras arriba y abajo del palacio y recorriendo el jardín para asentar bien a la criatura y fa-

cilitar así su venida al mundo. Mismamente como acostumbraban a hacer las mujeres en Portugal, al parecer, pues que la dama era lusitana y hacía lo mismo que todas las mujeres de aquel país y no era cuestión de pedirle que otra cosa hiciera.

Tal cuchicheaban los hombres entre ellos, pero las comadres, las dos acreditadas parteras de la villa, hacían corrillo aparte y convenían en que ya podía subir y bajar escaleras la señora, que los niños vienen al mundo cuando el Señor lo tiene a bien y ellos están dispuestos, y que llegar antes es malo y venir tarde también, e pedían a los hombres templanza, que es virtud.

Los notarios, en cuanto el oficial de la casa abandonaba el aposento e iba a ver dónde paraba la señora, murmuraban de él e sostenían que se había precipitado, porque, según las instrucciones del señor rey, debían haber sido convocados tras el primer dolor o después de romper aguas, pero no antes. Y rezongaban que el tal Gonzalo Chacón era hombre impaciente, aunque llevara cierta razón. Pero no tanta razón como para que ellos pasaran cuatro días en vela, pues que doña Isabel era la segunda esposa de don Juan, que ya tenía un hijo y heredero, el príncipe don Enrique, nacido de doña María de Aragón, su primera mujer. Un hombre hecho y derecho que, además, gozaba de perfecta salud y, si bien no tenía todavía un descendiente que le sucediera después de sus días en el trono, y ya se hablara en todo el reino de su impotencia para procrear, como era joven, seguramente lo tendría, de modo que el que naciera o la que naciera en la ocasión presente, plegue a Dios que fuera varón, sería infante, pero no más; no rey, no reina.

Las parteras, que no habían asistido nunca a una soberana, se quedaron pasmadas cuando fueron informadas cumplidamente por los notarios de cómo había de ser la parición de doña Isabel. De que habría hombres escribiendo con detalle del suceso y que a ellas les rebuscarían los dichos hombres debajo de las

faldas por ver si llevaban una criatura escondida con mala intención — con propósito de trocarla por la que habría de nacer o poner a la que llevaran si nacía muerta— y otros desatinos que no eran usuales en la villa de Madrigal, y, claro, se santi-guaron. Conmovidas estaban sobre todo de la humillación que habría de sufrir la parturienta por alzarse las sayas delante de tres notarios y dos vecinos, porque, aunque reina, era mujer y habría de parir del mismo modo que todas: por sus partes fe-meninas. Cierto que con mayor vergüenza, por los dichos hombres que la estarían viendo y escribiendo para las crónicas; y más que se encomendaron al Creador cuando se enteraron de que aún faltaba por llegar un pariente del rey, el más cerca-no que tuviere, a presenciar la parición. No obstante, se adu-jeron que todo sonrojo desaparece ante los dolores del parto. E comentaban entre sí:

— Ya ves, naces reina y alumbras ante una multitud...

— Porque nos pagan bien y porque ganaremos acredita-ción por asistir a la señora, pero maldita la gana que tengo de que esos tipos me anden entre las sayas...

— Yo estoy harto cansada ya, pero me horroriza pensarlo...

— ¿Tú crees que pedimos suficiente o nos quedamos cortas?

— Como llevamos cuatro días como cautivas, pedimos poco... Yo tenía dos partos en perspectiva.

— Yo tres...

— No sé, honor y prédica tendremos...

— El mayordomo me dijo que nos llamarían de Valladolid para atender a las grandes damas...

Y en ésas estaban, los escribanos por un lado y las coma-dres por otro, cansados de tanto esperar, nerviosos, cuando se presentó una camarera en el aposento de doña Isabel, e dio unas voces e descubrió la cama e, detrás, vinieron otras trayendo a la dama sujeta de los brazos. La señora entraba descompuesta,

enarcándose a cada dolor, deteniendo el paso, arrastrando los pies, dejándose llevar al lecho, ay, Dios asista a la señora.

Los hombres se inclinaron reverentes y procedieron. El escribano introdujo el cálamo en el tintero y anotó en el pergamino:

«Día jueves, XXII de abril de MCCCCLI. Madrigal.

»*In Dei nomine*. Sea a todos manifiesto que en el año de la Natividad de Nuestro Señor Jhesu Christo de M^oCCCCLI, día que se contaba a veintidós días del mes de abril, Jueves Santo, entre IIII horas e —en esta parte del escrito dejó un espacio en blanco para añadir luego los cuartos de hora— después de mediodía, dentro de una cámara con dos ventanas a la calle por do se recibe lumbre, en las habitaciones altas del palacio de la villa de Madrigal, lindero a la fortaleza del mismo nombre, con vistas a la explanada que da a la iglesia de Santa María del Castillo, etcétera...».

Los notarios se constituyeron e hicieron anotar sus nombres en el acta, y preguntaron a la reina, que no contestó pues que se debatía en terrible dolor, cómo se llamaba y quién fue su padre y quién era su marido. Las damas los quisieron apartar, pero ellos no lo consintieron. Es más, procedieron según costumbre, pues que habían recibido instrucciones del rey don Juan para el parto de su esposa, como es dicho, y llamaron a las comadronas, que eran mujeres del común, y les hicieron levantar las sayas hasta la camisa y les registraron los cuerpos y entrepiernas y entre las bragas sin ningún recato, los tres notarios, los tres. Por ver —decían— si las dichas mujeres traían algún engaño, alguna criatura entre sus faldas e, después, palparon a la reina, los tres, eso sí con más cuidado, también por ver si llevaba alguna criatura, pero ninguna de las examinadas llevaba nada, salvo las ropas y arreos de sus personas. La soberana sólo una camisa de dormir.

Y siguieron. Acercaron una mesa chica con una imagen muy buena de Nuestro Señor Jesucristo y con un libro de los santos cuatro evangelios, e hicieron arrodillar a las parteras, que besaron la dicha imagen y evangelios, y juraron que administrarían el parto sin fraude ni engaño. E, luego, hicieron levantar a la reina y descubrieron el lecho, alzando cobertor, sábanas, almohadas y plumazos, e hubo que recomponerlo todo otra vez, mientras la señora se retorció de dolor e rompía aguas estando de pie. Y visto que no había ninguna cosa, las damas de doña Isabel pidieron a los mirantes se retiraran, pero no quisieron, aduciendo que tenían obligación de ver todo ocularmente y que no podían separarse de la reina, no fuera algún malquierende a hacer un fraude de ley. Mientras, la señora se quejaba muy mucho de los dolores de su parto y se retorció toda empapada de sudor y malas aguas.

E hicieron un hueco para las comadronas, que tendieron a la dama de espaldas e llamaron a una camarera para que le tuviera cogidos los brazos, pero los notarios lo prohibieron, y uno de ellos, como no había llegado el pariente del rey, se sentó en una cátedra y la tomó de los brazos, para prever engaños, mientras otro encendía las muchas candelas bendecidas que llenaban la habitación y el escribano escribía y escribía. El llamado Gonzalo Chacón se acercó a la señora y le puso unas reliquias sobre el vientre para que la ayudaran en el trance, sin que los notarios se lo impidieran.

Ya todo en orden, al parecer, los hombres dejaron acercarse a las parteras que se arrodillaron en el suelo, miraron y metieron mano por sus partes a la señora que no dejaba de gemir —por el pecado de Eva y porque así quiso Dios que sucediera a toda mujer—, e avisaron que ya venía la criatura para alivio de los notarios y de los vecinos, y de Gonzalo Chacón. Pues que todos los presentes observaban cómo en una bacina de latón caía

mucha sangre de la reina y, como no habían visto nunca un parto ni, Dios mediante, contemplarían otro en su vida, ya fuera larga o corta — tal juraba cada uno para sí—, estaban sudorosos e impresionados del negocio, mucho más de lo que hubieran estado en el campo de batalla. Y vino, después de un grito de la reina, el mayor de todos, vino una criatura toda mojada y con los ojos cerrados. E una partera se la entregó a la otra, y ésta se levantó del suelo y examinóla y viendo que era niña lo dijo:

— ¡Es una niña!

Y nadie dijo nada. La reina tampoco, pero torció el gesto, quizá dolida de que aquella niña, por el hecho de ser mujer, hubiera de pasar en el futuro, no sólo por el parto en sí, que ni a enemigos se desea, sino por la vergüenza de parir delante de una tropa de escribanos y vecinos, pues que con tan alto nacimiento quizá fuera reina también y habría de soportar talmente la misma humillación, y como no pudo aguantar el dolor que le venía al alma, pese a que había padecido dolor corporal hasta la extenuación, con mucha dignidad, se adormeció.

Una de las matronas envolvió a la niña en un lienzo, la tomó por los pies, la puso cabeza abajo y le propinó un azote en las nalgas para que comenzara a respirar, mientras la otra palmeaba el rostro de la parturienta para impedirle dormir y que arrojara la placenta, mientras los hombres miraban muy atentos.

La criatura rompió a llorar y, a poco, la telilla cayó en la bacina de las malas aguas. La reina se durmió y no prestó atención a los parabienes de sus damas. Las matronas lavaron a la niña del moco y la sangre que había traído del vientre de su madre, y ya la mostraban a los escribanos que la reconocieron como hija del rey Juan y de la reina Isabel, y levantaron testimonio de que la nacida tenía todos los miembros femeninos que las mujeres tienen, y ya las parteras le cortaron el cordón

umbilical y le fajaron el vientre, y se dispusieron a vestirla con un pañal, una camisita de trenzal blanco y un rico faldón.

Venida al mundo la criatura, el escribano rellenó el espacio en blanco que había dejado en el pergamino y anotó de su propia mano lo que faltaba para dar fe de la hora exacta del nacimiento: “Dos tercios de hora”.

Así quedó escrito que la infanta, que sería bautizada con el nombre de Isabel, el de su señora madre, había nacido el día de Jueves Santo, 22 de abril de 1451, cuatro horas y dos tercios de hora, después de mediodía. Larga vida le dé Dios.

A poco, asonaron las campanas de las iglesias de Madrigal y comarcanas e, luego, conforme corría la buena nueva, las de Medina del Campo, Arévalo, Tordesillas, Olmedo, Valladolid, Salamanca y las de Castilla toda.

Los notarios remitieron el acta al señor rey, comunicándole el nacimiento de su hija. Éste mandó escribir cartas públicas, cuantas fueron necesarias, para condes, duques, obispos, alcaides, regidores, veinticuatro, caballeros, escuderos y hombres buenos de ciudades y villas.

De lo que no quedó referencia, pese a las muchas cartas que se libraron anunciando el venturoso alumbramiento de la reina, fue de que en aquel 22 de abril, Jueves Santo y día de San Sotero y San Cayo, papas, brillaba la luna roja en el firmamento, espléndida, desde antes del ocaso hasta rayar el alba.

Lejos de Madrigal, en la calle de los Caballeros de la ciudad de Ávila, el mismo día de Jueves Santo, 22 de abril del mismo año, a cuatro horas e dos tercios después del mediodía, es decir, a la misma hora exacta que la señora reina de Castilla, Dios le dé salud, doña Leonor de Fonseca, esposa de don Juan Téllez, marqués de Alta Iglesia, traía dos niñas a este mundo, también

después de larga parición y grandes dolores, entre otras razones porque alumbrar dos criaturas no es lo mismo que una.

En el aposento de doña Leonor no hubo parabienes ni alegrías, en el palacio tampoco, en razón de que las gemelas no habían venido enteras y les faltaba una mano a cada una. A una la diestra, a otra la siniestra. Y, a más, traían en los brazos una raya roja, como un desgarró, como una mordida de perro, y, por supuesto, no sólo era menester asistir a la parturienta con rapidez, sino también a las niñas que venían muy moradas. Por eso la partera hubo de zarandearlas más de la cuenta para que vivieran, a más de curarles la mordida del brazo, restos de una cicatriz o lo que fuere. Y, a mayor abundamiento, prestar ayuda a don Juan Téllez, el padre que, conocedor de que sus hijas habían nacido lisiadas, sufría recio desmayo y no volvía en sí. Él, que era hombre bragado y había luchado contra los infantes de Aragón en las guerras que tuvieron contra el rey don Juan.

Y, claro, en la habitación había mucho desconcierto. Las criadas iban y venían. La partera no daba abasto a limpiar a las criaturas de la mala sangre e no sabía qué hacer ni qué decir de la mordida o cicatriz que traían en los brazos y, además, la marquesa no arrojaba la placenta.

El caso es que la comadrona se azoraba y pedía esto o estotro a las criadas, que tampoco atinaban, pues que se habían desatado los nervios de todos los moradores del palacio de los Téllez, con razón. E la buena mujer se desesperaba e metía las manos en las entrañas de la marquesa para sacarle la placenta, o placentas —las secundinas, dicho en lenguaje vulgar—, que la dueña todavía no sabía cuántas habría. E con las manos dentro de la dama, daba instrucciones a las mujeres para que cortaran los cordones umbilicales de las niñas, no les fuera a entrar aire en el vientre, o para que le dieran a beber orujo al señor

marqués. Y, lo que se decía, que menos mal que la madre estaba adormecida y no se enteraba de lo que sucedía en la habitación — tantos trabajos había tenido en el parto todavía inconcluso —, que, gracias a Dios, no oyó que las mujeres rezaban y encendían más y más candelas para pedir favor al Cielo e le ponían reliquias debajo de la almohada, por lo de la placenta o placentas, por lo de las manos de las criaturas o por lo del desmayo del marido, o por todos los presentes que, alterados en demasía, llenaban el aposento y se tropezaban estorbándose unos a otros.

El caso es que, después de varias oraciones que las mujeres rezaron en común a viva voz, quiso el Altísimo que la marquesa arrojara una placenta en la bacina de aguas sucias que tenía bajo sus piernas, y ya la matrona pudo dedicarse a las niñas, y cortarles el cordón umbilical, negocio que resolvió con maestría. Pudo entonces observar la mordida de los brazos que, vive Dios, era una raya roja con restos de sangre, y curarles con tintura de yodo y ponerles una venda muy prieta, y salió a cuidar al marqués, rezongando por las criadas de doña Leonor, que se amilaban ante un cordón umbilical, a la par que se preguntaba quién, pardiez, mataba los pollos en aquella casa.

Y ya atendió al marqués. Se sacó un frasco de sales del talego y le dio a oler, y el hombre revivió para preguntar por su desgracia, por las manos de sus hijas, y, ay, Jesús, María, para salir como una exhalación, corriendo, corriendo, de aquella mansión, como si le persiguiera el diablo, creído de que la desgracia había caído sobre él y su familia.

El marqués fue el primero en clamar por el infortunio que, de repente, se había aposentado en su casa, pero le siguieron todos a una voz: los criados, las criadas, las dos esclavas moras de doña Leonor, el caballero, el mayordomo, el capellán; otro tanto el obispo, los canónjes de la catedral,

y otrosí toda la vecindad de la ciudad de Ávila, y la propia parturienta.

De súbito, como vienen las desgracias, la fatalidad había caído sobre la casa del marqués Juan Téllez, tal dijo doña Leonor que, pese a lo que creía la matrona, se enteraba de todo lo que estaba sucediendo, tal se expresó antes incluso de romper a llorar. Porque había parido dos monstruos, tal aseveró al principio, pues que no entendió bien y se creyó sabe Dios qué. Ciertamente que no se contentó cuando supo qué. Preguntó a la partera qué ocurría y no tuvo respuesta, pues que la comadre no se atrevió a narrarle la desdicha —no fueran a echarle la culpa a ella—, y pidió ver a las niñas y, cuando se las llevaron sus esclavas moras, las que tenía en mayor confianza y apego, no vio que les faltaba una mano a cada una de sus hijas, sino que una era menuda y la otra grande, y que las dos eran feas, pero no dio importancia al asunto, pues les pondría muchos lazos, y se durmió profundamente, lo natural después de tanta faena.

Ido el marqués y dormida la marquesa, antes de que las criadas se dispusieran a cambiarle las sábanas de la cama, la partera anduvo a la señora en el vientre. Pues que sacó la placenta de la bacina de aguas malas, la palpó, rajó la telilla y no hallando las manos de las niñas, se preocupó y buscó en el único lugar donde podían estar, una vez y otra. Pero, ay, Señor Jesús, no estaban, o se habían asentado tan alto que la buena mujer no llegaba con la mano y no se atrevía a hurgar más, no fuera a desgarrarle a la dama alguna entraña.

E, desesperada, porque las manos de las criaturas habían sido arrancadas de cuajo como se podía apreciar a simple vista, abrió la ventana del aposento para respirar aire puro y despejarse la cabeza, e observó netamente la luna, grande y roja, roja, como un lucero, e hizo un gesto con la cabeza como preguntándole qué podía hacer en aquella tesitura —quizá la buena

mujer hablara con las estrellas—, pero el astro no debió de contestarle, porque atrancó la ventana y se sentó en un escabel, las manos tapándole los ojos, a rezar con las demás mujeres.

Así las cosas, al toque de vísperas en la iglesia de la Catedral, se pudo decir y se dijo en toda la ciudad de Ávila que la desgracia había caído sobre la casa de don Juan Téllez. Y, al día siguiente, se pudo añadir y se añadió que las desgracias nunca vienen solas.

Porque, veinticuatro horas después, todavía no había vuelto a casa el señor marqués y no se sabía nada de los criados que habían salido en su busca, y la señora marquesa, enterada ya de la magnitud de su desgracia, había pedido la Santa Unción y entrado en agonía, porque sus hijas no tenían manos o porque las dichas manos debían hacerle gran daño en el vientre o en el corazón, donde se le hubieren aposentado, y se moría.

Falleció doña Leonor de Fonseca a los dos días de parir, sin que hubieran aparecido las manos de sus hijas. Se fue sin preguntar por los frutos de sus entrañas ni por el paradero de su marido, con la imagen del Crucificado en los labios, sin grandes estertores, entre los lamentos de sus criadas y de sus dos esclavas moras que no escatimaron pena y lanzaron ese grito de pesar que arroja todo buen musulmán por su boca en una situación de dolor extremo, Dios la tenga con Él.

Muy lejos de Ávila, María la Malona dio a luz en soledad, en medio de un prado. Eso sí, bajo una luna grande, grande y roja, roja, como no se había visto otra por aquellas latitudes, extrañada de la existencia de semejante lucero a una hora en la que no era común que estuviera el astro en el cielo, o quizá fuera más tarde y a ella se le hubiera hecho corto aquel día tan trabajado que había llevado.

El caso es que, tras andar por los robledales del rabal de Ibeni buscando setas, el parto se le presentó de súbito cuando regresaba a su casa. Sufrió un gran dolor, como un enorme desgarró en sus entrañas, uno sólo, a Dios gracias, y le salió de sus partes un bulto que, claro, era hijo o hija, pues que estaba preñada y muy preñada. El bulto cayó al suelo como un fardo que se deja caer, y ella, tras llevarse las manos al vientre, se agachó en busca de su hijo o hija, encontrándose con una niña —la observó netamente porque había clara luz— sucia de sangre y moco. Púsola boca abajo, como tenía oído que hacían las parteras, e la niña lloró y ella, que ya era madre, la envolvió en su capirón, no sin ciertas dificultades, pues que se le enredaron las cintas y, nerviosa como estaba, no atinó a desatarlas, y las rompió. Pues que estaba de rodillas en la hierba con las piernas abiertas, con la criatura en los brazos, con una cosa viscosa que le salía de sus partes de mujer, y con mucho miedo naturalmente, porque era primeriza y, además, no tenía marido.

Ay, que Mari la Malona, hija que fuera de Pero Malón, se había dejado seducir por un mal hombre. Se había dejado hacer entre las piernas cuando el tipo le fue con lisonjas, con promesa de matrimonio y con ciertos dineros, pues que ganaba poco vendiendo setas, y se había encontrado con lo que se encuentra cualquier mujer que yace con un hombre, que el cuerpo humano está hecho para que cuando una mujer y un hombre se ayuntan en coyunda lícita o ilícita, tengan un hijo o hija, o dos, y hasta tres y más hay quien ha tenido a la vez, según decires que se escuchan.

Y eso, Mari la Malona no fue una excepción. Huérfana como era, recogía setas para un herbolario de la villa de Bilbao, su lugar de residencia. Y andaba por los montes antes del alba, al mediodía o a sobretarde, para recoger tal seta a tal hora y tal a tal otra, cada una en su momento de sazón, bien fajada para que

no se le notara la preñez, dispuesta a dejar abandonada a la criatura en el torno de algún convento, pues que no tenía dinero para criarla, echando cuentas de que cuando le vinieran los dolores tendría tiempo de pedir ayuda a Mari de Abando, la bruja que vivía en las afueras de la parroquia del mismo nombre. Bruja o lo que fuere, a ella la trataba bien, y le daba de tanto en tanto un puñado de aceitunas, un cantarico de vino, una pinta de aceite, un pan o una vela o, en otro orden de cosas, buenos consejos, e de hacerle abortar no quiso saber, es más, se negó a ayudarle. Por lo que bruja no podía ser, pues que las dichas brujas no sólo hacen abortar a las doncellas sino que matan con grandes venenos a toda clase de personas.

Mari la Malona había echado cuentas para llegar a casa de Mari de Abando cuando le llegaran los primeros dolores del parto, pero no tuvo tiempo, porque sufrió un solo dolor, muy agudo pero uno sólo, y parió en un prado, en soledad, con la última luz del sol y con la primera luz de la luna roja de abril. Ella no lo supo, pero eran las cuatro horas e dos tercios de hora del día 22, Jueves Mayor y primer día de primavera en la ría del Nervión después de un largo invierno.

Y se apuró, sola como estaba, por la terrible punzada que sufrió en el vientre, por la niña y por la placenta que se desprendió de sus partes tan rápidamente como la criatura, e por el cordón umbilical, que, ay, hubo de cortar con los dientes y anudar como bien pudo, pues que le temblaban las manos y le botaba el corazón en el pecho. Y, en vez de llevarse a la niña a la teta y luchar contra la soñera que le venía, como hubiera hecho cualquier madre experimentada, se tendió en la fresca hierba y se quedó dormida hasta el albor con la niña al lado.

Y la despertó un perro a lametazos. Un perro que también había lamido a la niña, quitándole la sangre y el moco que

trajo del otro mundo, pero bien pudo llevársela lejos y hasta comérsela. Pero no, Dios dio más sensatez al can que a la moza, bendito sea.

Despertóse la joven por las lametadas del bicho en buena hora, porque, ay, estaba llena de sangre y, viéndose en aquella guisa, le vinieron pavores, con razón. Porque la sangre del cuerpo humano es tanta y cuanta, la justa, la necesaria, para que el hombre o la mujer vivan, pero no menos, que entonces el ser humano fallece, y eso había de sucederle a Mari la Malona si no llegaba presto a casa de Mari de Abando, pues que se estaba desangrando. Por eso se levantó, tomó a su hija en los brazos, la tapó bien con el capillo y, seguida del can, que se fue tras ella por su cuenta, se encaminó hacia el caserío, dispuesta a llamar a la puerta de la mujer.

E anduvo perdiendo sangre, sin encontrarse con alma viviente a quien pedir auxilio, trompicándose, deteniéndose para tomar aliento, muy afiebrada y, en el último trecho, como alunada, dando bandazos y caminando a tentón. Y quiso Dios que avistara la casa de la bruja, o lo que fuere la vieja, y que, haciendo un último esfuerzo, el último que haría en su corta vida, atravesara un regato, llegara a la puerta, llamara a la alda-ba y falleciera en el umbral dejándose caer, eso sí, lentamente, para no dañar a la criatura que llevaba en sus brazos.

Vaya con Dios la tal María la Malona, la hija de Pero Malón, moza destalentada, como diría Mari de Abando al encontrar su cadáver y a una niña recién nacida, a la que apenas le quedaba aliento.

Dióle la vieja leche de vaca a cucharadas y luego en un recipiente que habilitó como mamadera, y le puso el nombre de María, el suyo y el de la madre muerta; y, aunque la dejó sin bautizar, porque no se atrevió a llevarla al preste del lugar, la cuidó mucho mejor de lo que hubiera hecho su madre verdadera.

La anciana, pasado el susto, se lamentó de no conocer la hora del nacimiento de la niña, pues se dijo que le hubiera echado las suertes por ver qué había de ser de aquella criatura que había llegado de súbito a la puerta de su casa. Mari de Abando, la joven, pues que así sería conocida la niña que crió la dicha Mari de Abando, la vieja, no supo tampoco la hora de su nacimiento, pero con ella fueron cuatro las mujeres que nacieron a la misma hora y en el mismo día en el que lució hermosa la luna roja de abril en el firmamento.

Capítulo

2

La reina doña Isabel de Castilla, de León, etcétera, sonrió a su hija recién nacida. Apretó las manitas de la criatura, le tocó los labios y los ojos, le abrió la boca, le miró los dedos de manos y pies uno por uno, el vientre, el pecho, la espalda y las partes de mujer por ver si estaba entera y, cuando terminó de examinarla toda, pese a lo que pudiera parecer a simple vista, viéndola arrodillada ante una imagen de Santa María, muy buena, y dándole las gracias por su feliz alumbramiento —pues había tardado mucho en quedarse empuñada y hasta tuvo que hacer reiteradas promesas a la Madre de Dios para conseguirlo— se mostró displicente con el fruto de sus entrañas. Lo entregó a sus damas portuguesas con cierta indiferencia, como si les diera un objeto sin valor. Luego se hundió en una especie de desgana y, unos días después, en grave melancolía, que con el paso de los años devino en alunamiento para siempre, salvo en alguna contada ocasión.

Es más, despidió a Gonzalo Chacón cuando le preguntó qué nombre deseaba ponerle a la niña, y otro tanto a sus damas, a sus meninas, como ella las llamaba, y a la nodriza de su hija, que quería enseñarle la mucha teta que tenía, e pidió un paño para bordar, e luego otro y otro...

Gonzalo Chacón le puso a la recién nacida el nombre de Isabel cuando la llevó a bautizar a la iglesia de San Nicolás de Bari —que se construía con la cal, ladrillos y plegaduras que aportaban los pobladores de Madrigal, tanto cristianos, como moros y judíos— y él mismo se ocupó de buscarle padrinos e madrinas.

Así las cosas, la reina no llevó a la niña a presentar a ningún templo de la villa, con lo cual desairó a la población que, días ha, había tomado la explanada existente entre el palacio real y la iglesia de Santa María del Castillo y esperaba allí para presenciar la entrada y salida de la comitiva regia camino del santuario. Ni comió en veinte días alimento sólido, sólo tazas de caldo de gallina, e se quedó débil de cuerpo e muy delgada, e le arreciaron los entuertos propios del posparto e se le fue la sangre de la cuarentena. Y, además, habló poco, y lo poco que dijo fue sobre el valimiento que don Álvaro de Luna tenía con el rey don Juan, su esposo, y las desgracias que acontecían por la tal privanza, por cuyo final, según decían las malas lenguas de tiempo atrás, ella tenía empeño.

Las gentes del palacio no sabían qué hacer, pues que azuzaron a los bufones para que inventaran gracias e hicieran risas. Trajeron juglares de Valladolid. Propusieron viaje a Medina del Campo para presenciar la feria. La emprendieron con los cocineros para que guisaran platos deleitosos. Llamaron a frailes y prelados para que bendijeran a la señora, y hasta las meninas fueron andando descalzas, flanqueadas por las buenas mujeres de la villa, al convento de Santa María de Gracia, situado extramuros, para postrarse ante la tumba de doña María Díaz, la fundadora, que tenía fama de santa. Y a la señora le hablaron y le hablaron recordándole esto o estotro:

—Recuerde la mi señora cuando íbamos a dejar Sintra que llovía a cántaros, e que hubimos de regresar e que llegamos todas ensopadas pese a llevar capas aguaderas...

—E la impaciencia de la señora por llegar a Castilla e el recibimiento que tuvo, pues que las gentes no escatimaron loores...

—Salían los vecinos a los caminos e aplaudían...

—E traían cestillos de cerezas...

—Os aplaudían a vos, que no a nosotras...

—A la reina y a la mujer más bella de Castilla toda...

—E venían los maestros de las Órdenes Militares e los condes e los duques a postrarse a vuestros pies...

—A traeros flores...

—A regalaros lamines...

—O agua fresca...

—O vino bueno...

Pero la dama no se animaba e rehuía a todas sus camare-
ras, y eso que se habían criado con ella en la Corte de Lisboa,
y hasta evitó a su mayordoma, a doña Clara Alvarnárez que,
dolida, recorría el palacio como una sombra mientras su señora
cosía y cosía con frenesí, mascullando sobre los malos tiempos
que corrían por la privanza de don Álvaro de Luna, y sin ocu-
parse de la niña.

En el palacio de Madrigal reinaba la confusión. Las me-
ninas de doña Isabel sostenían, con énfasis, ante Gonzalo
Chacón —la primera, la mayordoma, que precisamente era
esposa del oficial:

—Los males de nuestra señora provienen de que ha tenido
que levantarse las faldas delante de seis hombres, tres notarios,
dos vecinos y tú, marido, seis en total, cuando es pudorosa en
exceso.

—Los mirantes no vimos a la mujer sino el parto, pues
que fuimos comisionados por el señor rey.

—¡Es igual, visteis...!

—Es costumbre antigua del reino...

— ¡Sí, pero parir delante de tres notarios, dos vecinos y tú, seis hombres en total, es demasía...!

E intervenían las otras damas, revolviéndose también contra el mayordomo:

— Tenga en cuenta su merced que la señora no se ha desnudado ni ante su señor esposo.

— Es mujer de prendas.

— Muy recatada, además.

— ¡Y muy púdica...!

— Y buena cristiana...

— Lo de los testigos y notarios es una costumbre bárbara.

— Ni los negros gelofes, que pueblan la Guinea, es decir, los reinos portugueses de ultramar, la siguen practicando...

— ¡Que vivimos, señor, mediado el siglo xv...!

— Nuestra señora ha sido humillada como reina y como mujer...

Y las meninas sólo se detenían en su verborrea para llorar cuando doña Isabel les pedía otro trozo de tela porque ya había terminado de bordar el anterior. De bordar, ay, de corcusir, pues hacía verdaderos culos de pollo en los paños, como si no le hubieran enseñado a bordar con primor cuando era niña. O para escuchar a la dama cuando hablaba de don Álvaro de Luna.

Eso dentro del palacio, que fuera, en la villa, las gentes querían saber por qué no se celebraba procesión ni misa de acción de gracias por el nacimiento de la infanta y por la salud de la reina, y qué sucedía, y si la señora doña Isabel estaba enferma, y pedían ver a la niña, y preguntaban en virtud de qué se oían gritos y las dichas meninas hablaban en portugués y no en castellano, seguramente para no ser entendidas. De tal manera que un día que alborotaban en exceso, la hubo de sacar a la puerta del palacio la mujer de Gonzalo Chacón, doña Clara, la mayordoma de la señora; e pasaron al primer patio

porticado los hombres y las mujeres de la población, de uno en uno, para verla y besarle los pies, como si de un Niño Jesús se tratase.

El caso es que, en la real casa, hasta los perros y los gatos estaban tristes, y ladraban y maullaban a la menor ocasión, lo mismo que los sirvientes, que, en portugués o en castellano, se encorajinaban entre ellos por nimiedades. Y en aquella situación insostenible el oficial Gonzalo Chacón escribió al rey narrándole someramente lo que sucedía, lo de la taciturnidad de la reina y el desbarajuste existente, y don Juan, que era buen marido, se presentó con mucha compañía a los pocos días, deseoso, por otra parte, de conocer a su hija Isabel.

Y, evidente, hubo fiesta en Madrigal: tablados, corridas de toros, cañas, carreras de caballos y galgos, y bailes; volatineros y un buen número de juglares con sus cantaderas; buenas viandas, y regalos, pues que el señor rey dotó a la infanta Isabel, su hija, con el señorío de la villa de Cuéllar, por lo que pudiere suceder y para que tuviere algo propio y, además, dio de comer a la vecindad.

El señor rey se holgó sobremanera con su pequeña, la tuvo en sus brazos delante de toda la corte. Participó en los juegos de grado, desagraviando al pueblo de Madrigal y a las gentes comarcanas. Hizo que los médicos de su cortejo visitaran a su esposa y, ya fuera por lo que le dijeran, ya fuera porque la dama se negaba a ingerir los cocimientos de jenciana y vino que le recetaron tres veces al día, ya fuera porque le mostraba desgana, no la llamó a la cama. E fuese a sus ocupaciones, contento de alejarse de la verbosidad de la portuguesa — que había perdido el seso, a decir de dueñas —, contra don Álvaro de Luna.

E ido el señor rey, tomaron el mando de las cosas de la reina don Gonzalo Chacón y su esposa doña Clara Alvarnárez, e, vaya, dispusieron bien. Pues que el caballero percibió las

rentas de los señoríos de la señora, las anotó en sus cuadernos de cuentas, reclamó los dineros que no llegaban a su vencimiento, abonó puntualmente los sueldos de los criados y con su administración hubo comida abundante para todos los moradores del palacio de Madrigal y alegría general pese a la insania de la dama. Doña Clara llevó la casa como excelente mayordoma y se ocupó de la pequeña Isabel en todo momento, como si fuera su propia madre, pues no en vano fue una de las madrinas de su bautizo, eso sí, comentando a menudo con su marido que la infanta había venido briosa del otro mundo, pues que se mostraba terca cuando no quería comer e no quería estar en la cuna sino en los brazos de las meninas, y asegurando a ese paso saldría malcriada.

La jovencísima doña Leonor de Fonseca, marquesa de Alta Iglesia, concedora de que la desgracia señoreaba en su casa, pues que había parido dos niñas lisiadas y su esposo la había abandonado, entregó a las hijas a sus dos esclavas moras, una a cada una, antes de entrar en agonía y morir cristianamente a las pocas horas. A Marian, la que no tenía mano derecha, y a Wafa, la que no tenía mano izquierda. Las dio no dando dos hijas, porque no hizo recomendaciones ni instruyó a las receptoras en los negocios de la crianza o del devenir, ni les dio dineros; sencillamente, las tomó de su lado y se las entregó como si diera un objeto cualquiera. Cierto que ellas no las tomaron como si recibieran un peine o un cepillo o un jubón de la señora, sino que las aceptaron cada una como si el Señor Alá les hubiera mandado del Paraíso una hija, y así las criaron. Entre otras cosas, porque ninguna otra sirvienta dijo de hacerse cargo de ellas y porque al mayordomo debió de parecerle bien que las moras se ocuparan de las criaturas puesto que el padre, el señor marqués, no volvió

ni para morir en aquella casa y la bisabuela, doña Gracia, tardó bastantes años en llegar.

Claro que hubo sus más y sus menos. No por las moras, que fueron admitidas por toda la servidumbre del palacio como ayas de las niñas, que no nodrizas, pues fue menester contratar a dos, sino por cuál de las criaturas había nacido en primer lugar y cuál de las dos habría de heredar el marquesado a falta de que don Juan Téllez regresara a casa, se casara otra vez y tuviera un hijo, un varón, que acabara con aquel dilema. Todo por esas cosas que hacen las gentes, que vuelven importante lo que no es fundamental en el momento. Porque lo primordial en aquella circunstancia era encontrar a don Juan, bautizar a las niñas y darles crianza en el temor de Dios y en el respeto a los hombres.

Fue pena que las sirvientas que ayudaron en el parto de doña Leonor, Dios la tenga en la Morada Celestial, fueran incapaces de saber cuál de las criaturas nació primero, y que la comadrona tampoco lo recordara. E ítem más, que los hombres y mujeres de la casa aseguraran que, dada la desgracia de lo que sucedió, ninguno miró a las niñas al completo, sino los brazos de las niñas porque, faltándoles una mano a cada una, era lo que más se veía. Merced a aquella carencia tan manifiesta se había organizado gran jaleo en el aposento de la dama, para arreciar después en toda la casa, mientras la partera buscaba las manos perdidas en las entrañas de la señora y no las hallaba. Fue jaleo entonces y luego, cuando, personado el señor obispo de Ávila, don Alonso Tostado, interrogó a los criados sobre el desdichado suceso y pidió ver a las niñas, cuyos brazos en periodo de cicatrización apenas acusaban ya las mordidas, salvo una rojez cinco dedos arriba de la inexistente muñeca, en razón de que la partera que había asistido al nacimiento, a más de buena comadrona era excelente sanadora.

Tuvo que intervenir el obispo, ordenando que varios médicos examinaran a las criaturas, en razón de que la vecindad había entrado en pavores, hablando de perros, de diablos, de negocios infernales y, aterrorizada, pedía explicaciones, mientras el insólito hecho, la desgracia corría de boca en boca. Pero los galenos, vive Dios, no le aclararon nada. Es más, dejaron al clérigo mucho más perturbado de lo que estaba, en razón de que le ilustraron con todo detalle del acto de la preñez, de la fetación y del alumbramiento del doble parto, discutiendo entre ellos mismamente como si fueran verduleras del mercado. Y unos aseguraban:

— En los primeros momentos, el feto es uno y luego se parte...

— ¡Sí, una sesera, un corazón, un cuerpo, dos brazos, dos piernas, y todo lo demás, se dividen a lo largo del embarazo...!

— De ese modo resultan dos seres diferenciados y completos...

— Casi siempre uno es más grande que otro.

— Pero en su vivir suelen tener sentimientos parejos.

Y hubieran pasado horas abundando en la teoría de la partición, pero el obispo daba la palabra a los contrarios, que sostenían:

— Los seres son dos desde el principio.

— Nacen de dos semillas.

— Dos semillas masculinas fecundan a dos femeninas.

— Perfectamente diferenciados y en vías de formación.

E, oídas las partes, don Alonso releía las notas que había tomado — pues que siempre andaba con el cálamo en la mano — e, como hombre que era, le venía sofoco.

En la casa de la calle de los Caballeros también se hicieron sentir los espantos, porque una cosa hubiera sido que hubiera nacido una de las niñas manca, y otra muy distinta que nacieran las dos. Además, una sin la mano izquierda y otra sin la derecha,

que no hubiera sido lo mismo que las dos hubieran tenido la misma mano, las dos la izquierda, las dos la derecha. Además, con una mordida cada una, como si una fiera carnícera les hubiera arrancado las dichas extremidades en el momento de venir al mundo. Y todos, salvo las dos moras, tuvieron miedo, y los que pudieron se despidieron y se buscaron trabajo en otras casas de la ciudad.

Para Marian y Wafa las criaturas fueron una bendición de Alá. Las tomaron como suyas, las velaron de día y de noche, las cuidaron, estuvieron delante de las nodrizas para que no les escatimaran teta, y, conforme fueron creciendo, ayudaron a sus pupilas a situarse en el mundo, a conformarse con su orfandad y su manquedad, sin regatear cariño ni servicio fuere a la hora que fuere. A Marian le tocó la niña grande, la que no tenía mano derecha y a Wafa, la pequeña, la que no tenía mano izquierda. Cierto que se las intercambiaron y las criaron a la par, pues que, aunque ambas se habían mostrado celosas de los distingos que había hecho con ellas la señora, se llevaban bien, entre otras cosas, porque eran las dos únicas moras de la casa, y la soledad aún. Y bendito sea Alá, como decían las dos esclavas levantando los brazos al cielo.

A los siete días de nacer, las criaturas fueron bautizadas en la parroquia de San Juan. La grandota, con el nombre de Leonor en recuerdo de su madre, y la chica, con el de Juana, en recuerdo de su padre.

De regreso a su casa el 23 de abril, Mari de Abando de primeras no se apercibió de que tenía visita, de que tenía en su puerta el cadáver de María la Malona, una niña recién nacida y un perro ladrador. Había estado en la junta de brujas de la campa grande de Miravilla, allende el río, vendiendo su un-

tura mágica —un preparado de sapo y otras sabandijas, todo bien majado y pasado por el tamiz, que despachaba a las gentes que se personaban en la reunión—, y había salido de allí con buenos dineros y muy alegre. Tan contenta estaba con la faltriquera llena, que, disuelto el sabatt —porque algún necio había pronunciado el nombre del Señor Jesucristo, cuando aún podían haber alargado más— se marchó rauda, no fuera a suceder alguna cosa. Pero, alejada del peligro, lo pensó mejor y se fue a echar un trago a casa de Martina de Iñaxio, su gran amiga, y allí, al amor de un buen fuego y con el pacharán, le dieron las mil. Además que se untaron las dos lo poco que quedaba de unguento mágico en la tartera y se durmieron.

Ya había amanecido cuando Mari de Abando dejó a su amiga, todavía en profundos sueños y, al enfilarse el camino de su casa, se sintió cansada, incapaz de dar un paso, por lo que decidió encarnarse en ave, pues que no en vano era bruja, bruja sabia. Y tal hizo, o lo imaginó, el caso es que pronunció el conjuro apropiado y se encarnó en un jilguero, el primer pájaro que avistó cantando sobre una rama, y, claro, voló, cruzando la puente de la ría, hacia su casa a gran velocidad y, al llegar, transformándose en lo que fuere, quizá en una gota de agua o en un pellizco de aire, que ni las sortiñas lo sabían, disminuyó lo suficiente para entrar por el ojo de la cerradura, como sólo eran capaces de hacer las brujas sabias, muy sabias, yendo derecha a su cama. Por eso no vio a María ni a su hijita. Por eso falleció la Malona desangrada y la niña no se murió porque Dios no quiso, pues que sería mediodía cuando Mari de Abando, tras desperezarse y remolonear en la cama, abrió la puerta de su casa para ventilar y se encontró con una mujer muerta, con una recién nacida viva y con un perro ladrador en el umbral de su morada.

En un primer momento se conturbó, pero reaccionó presto. Le propinó una patada al can para que guardara silencio, porque a su edad, que era mucha, no soportaba ya los ruidos. Se arrodilló ante la mujer que presentaba un aspecto lastimero, le tentó la yugular, observó que había fallecido, la contempló de arriba abajo, reparó en la mucha sangre que impregnaba sus sayas y le cerró los ojos, e se iba a alzar cuando descubrió un ható que, ay, San Pedro, San Juan y los tres demonios sabedores, contenía una criatura recién nacida, limpia ya de moco y sangre — pues que la había lamido el perro —, e la cogió en sus brazos e se entró en su casa con ella, no sin antes amenazar al bicho que, alejado, ladraba como un poseso.

E, vaya, a la tal Mari de Abando, que pocas veces había tenido un niño en brazos salvo para curarle las paperas o el cólico, se le revolvió el corazón mientras caminaba apresurada hacia el fogón, pues la criatura tenía poco aliento y apenas le quedaba un hálito de vida. Actuó presto, mojándole los labios en agua azucarada mezclada con vino y, a las pocas horas, le dio leche de vaca rebajada con miel para contrarrestar los malos efectos, y ya la niña lloriqueó y, a poco, defecó una agüilla verde. Para arreglarle las heces verdes le dio en una cuchareta una hoja de mirto bien machada en el mortero con el almirez, pues que tenía de aquella hierba en casa y de otras muchas, e se puso a hacerle un pañal de unos trapos viejos, y luego a coserle una ropilla, sin acordarse, ay, de la madre de la niña que estaba muerta en la puerta de su casa. Pero es que la señora Mari, no acostumbrada a niños de ninguna edad, se azaraba, e iba y tornaba del fogón a su cama, e hasta se trompicaba con el escaso mobiliario que tenía en la casa.

E fue su amiga y vecina, la dicha Martina de Iñaxio, también tenida por bruja, quien descubrió el cadáver de la Malona, ya con muchos morados, al anochecer. Y asonó la aldaba de la puerta como si llegara el moro, e apareció la Mari de Abando

e enfadóse con ella pues que la asustó al llamar con tantas urgencias, e discutieron ambas, en razón de que Martina quería saber cómo la dicha Mari tenía una niña en la cama, una mujer muerta y un perro aullador en el umbral de su casa y no se conformaba con lo que su amiga le contaba, queriendo saber otra verdad, como si hubiera otra, y se decantaba por dar a conocer el asunto al concejo de la villa de Bilbao o al corregidor del señor rey. Y decía la tal Mari con enojo, que no, que no, que le quitarían a la niña, que, visto el suceso, la darían a alguna familia que no tuviera hijos y quisiera tener. E insistía la otra, y ella que no, que la niña era suya, pues que se la había encontrado en el umbral de su casa y que la madre de la criatura y alguien más se la habían llevado para que la alimentara y criara, y no le ponía nombre a aquel «alguien», porque una reputada bruja no podía nombrar a Dios.

— Alguien la ha dejado en mi puerta...

— ¿Alguien?, su madre, la Malona...

— No sólo la Malona, Martina, alguien más... Y muy poderoso...

— ¿La Dama de Amboto?

— Ella o algún otro... ¡Ven, ven a verla...! ¡Qué bonita!, ¡qué bonita es...!

E las dos fueron a contemplar a la criatura, y la tal Martina, al observarla tan chica, le recorrió la carita con el dedo y, ay, le hizo un arrumaco y quizá, porque las mujeres llevan dentro de sí un sentimiento maternal de natura, el caso es que le apretó a Mari de Abando las manos con calor e se mostró dispuesta a ayudarle en la crianza. E fue otra madre para Mari de Abando, la joven, que no tuvo madre verdadera, pero sí dos madres putativas, a quienes las gentes llamaban brujas y otras maldades, pero, una muy cerca y otra un poco más lejos, como a media milla, en las dos últimas casas del arrabal de Ibeni,

ubicado en la orilla izquierda de la ría del Nervión, en la parte de aquende el mar, fueron dos excelentes madres, a cuál mejor, y las dos la quisieron tener en sus brazos, por eso discutían a menudo:

—Trae a la niña, Martina, que la tienes ya mucho rato...

—Acabas de dejármela, María, ahora me toca a mí.

—La vas a enviciar... Estaría mejor en la cuna...

—Vicios le daré, todos los que no he tenido yo...

—¡Pues yo cariño, que siempre es poco...!

—¡Tú le darás lo que yo te deje, la niña es mía...!

—No te enojés, María, que mejor es tener dos madres que una...

—¿Qué haremos el sabatt?

—Pues ir...

—¿Con la niña?

—¡Claro!

—¡Ah, no, que allí hay mucha chusma...!

—La llevaremos en brazos... Un rato tú y otro yo... Ella no se enterará...

—No sé, no sé...